
Historia

El sentimiento de amistad en Sarmiento

ALBERTO PALCOS

*NACIÓ EN SAN CARLOS (prov. de Santa Fe) en 1894. Estudió en la Facultad de Filosofía y Letras y en la de Medicina de Buenos Aires. Fue profesor de teoría e historia de las ciencias en la Facultad de Humanidades de La Plata durante muchos años. Contratado en 1960 por la misma casa de estudios para dictar un curso sobre historia del pensamiento argentino. Fue director de la Biblioteca Pública de la Universidad de La Plata. Miembro de la Academia Nacional de la Historia. Asiduo colaborador del diario "La Prensa", de Bs. As. A partir de su primer obra, *El Genio* en 1920, ha publicado más de una docena de libros e infinidad de artículos. Entre los primeros: *La vida emotiva* (1925), *El Facundo* (1934), *Sarmiento* (1929), *Fundamentos de la emoción* (1934), *Nuestra ciencia y Francisco J. Muñiz* (1943), *Historia de Echeverría* (1960), *Rivadavia* (1960), éste último en dos tomos.*

EN el curso de algunas brías polémicas Sarmiento es reprochado por no haber sido fiel a nadie y, en consecuencia, de carecer del genuino sentimiento de amistad. Los autores de esa tacha son personalidades destacadas; las mueve el encendimiento de las luchas políticas; contemplan al personaje desde ese ángulo únicamente. Atemperan un poco, en seguida, el categórico juicio cuando añaden que ama a la niñez más que a los niños, a la patria más que a los compatriotas y a la humanidad más que a los hombres. En suma, pecarían sus afectos de ser puramente intelectuales. Reproche curioso, a decir verdad, como dirigido a la figura consular más reciamente concreta de la república. Su mentalidad, en efecto, está de tal modo conformada que, en lugar de transformar lo concreto en abstracto, convierte lo abstracto en concreto. Tal la mayoría de los pensamientos fundamentales de su ideario. A fuerza de concretarlos, de identificarse con ellos y de infundirles vida prodigiosa con-

funden a los ánimos desprevenidos; producen la impresión de que son demasiado simples. Es la aparente simplicidad del rayo de luz, resalante, a menudo, en las irradiaciones del genio y del talento superior. Como pocos, Sarmiento encarna esa condición.

Veamos sumariamente lo que ocurre con las dos preocupaciones céntricas del gobernante, la educativa y la agraria. Ambas brotan inicialmente a impulsos de la realidad inmediata. Toca la cuerda emotiva y sentimental. Serán el estímulo de largas y hondas lecturas posteriores, de viajes y de observaciones que lo llevarán a formular doctrinas muy sesudas e iniciativas prácticas de inmensos alcances.

El apostolado educativo nace en un rincón de la provincia de San Luis al divisar a muchachos y señoritas de la región que ignoran el alfabeto. Se compadece de ellos y, en el afán de redimirlos de la ignorancia, funda, a los quince años, su primera escuela. Vislumbra entonces a la educación como una formidable fuerza regeneradora de los pueblos. Posteriormente madurará el concepto; lo volcará en libros orientadores que aun hoy se leen con provecho. En lo tocante al problema agrario halla su recóndita génesis en la confesión de que un rincón de tierra, una plantación de árboles es "lo único que sonrío mi alma". Aspira a "volver a ser lo que nací y no debí nunca dejar de ser, pobre cultivador". Emite estas reflexiones a raíz del obsequio de una quinta que le hacen campesinos de Chivilcoy por haber influido decisivamente en el otorgamiento del suelo que cultivan. Luego, presidente electo de la república, sintetiza su programa agrario en la fundación de cien centros agrícolas como Chivilcoy. ¿Cómo se origina esa adhesión a Chivilcoy? El la revela en dos renglones: "Mis simpatías por Chivilcoy empezaron por el espectáculo risueño siempre de sus árboles en medio de la desnudez de la Pampa".

Por último, y para completar este aspecto de la personalidad del gran cuyano, agregaremos que también el estupendo escritor se halla muy lejos de ser un cerebral; en su naturaleza íntima el sentimiento ocupa un sitio de honor. El nos lo dice: "Escribir es pensar, ha dicho alguno, pero yo creo que mejor habría dicho escribir es sentir, es querer, es obrar; y nunca producirían nuestras plumas contemporáneas cosa que interese, si el corazón y las simpatías no van guiando a la inteligencia." Después de estas consideraciones caeremos en la cuenta que sólo suya es aquella rotunda sentencia: "Tenemos la cabeza en

HISTORIA

el corazón, y el corazón testarudo." Testarudo porque ese corazón se alía a una voluntad poderosa que se impone, soberana, toda vez que a sabiendas se le quiere inducir a sacrificar el más profundo de los sentimientos en un mandatario que se respete y en el hombre de bien: el de la justicia. Entonces, y contra una modalidad hartó común, será más exigente con los amigos. Es cuando le expresa al general Arredondo, campeón de su candidatura presidencial: "Fui nombrado Presidente de la República y no de mis amigos". Se atiene a aquella norma suya: "Un jefe de Estado debe ser como Melchisedec, sin padre, sin madre, sin genealogía y no han de ser intereses privados, ni creencias personales como para supeditar los intereses generales".

Esta manera de entender la política choca contra la corriente y le depara sinsabores, pero él se mantiene impertérrito en esa línea. A quienes lo acusan de no haber sido fiel a nadie les contesta, hablando de sí en tercera persona: que no lo fue "porque nunca ha estado al servicio de nadie. Tuvo poquísimos amigos, que conservó mientras vivieron: Montt, Vélez, Aberastain, hoy (en) día Gould, Burmeister, Ocampo, Posse, Frías". Al correr de la pluma olvida otros nombres significativos. Los evocó, en 1868, en el instante -cumbre de su vida, cuando en suelo brasileño se entera de su consagración presidencial. En el hermoso diario de navegación dedicado a una lectora exclusiva, doña Aurelia Vélez, hija del codificador, expresa: "Como los generales, después de gloriosos combates en que perecieron sus bravos compañeros; como el marino que salva del común naufragio, yo tengo un mundo fúnebre que quisiera evocar de la temprana tumba. El doctor Aberastain que desde los primeros pasos de mi vida, creyó en mí como un ser privilegiado. Belin, el impresor marido de mi hija, habría encontrado la recompensa de su laboriosa vida, a mi lado. Juan Godoy, Hilarión Moreno, Jacinto y Demetrio Peña eran mis cándidos admiradores. Perdí a Dominguito, cuando necesitaba de su aprobación, de su pluma, de su entusiasmo. El pobre Marcos Gómez, que tanto prometía; el pundonoroso Soriano, que se mata por temor de que lo juzgue mal. Todos míos, sin egoísmos, míos por el corazón. De esta estirpe de amigos se ha hecho en torno mío un desierto."

Este párrafo, y más dado el momento en el que fue escrito, nos ilumina mucho sobre el culto de la amistad en Sarmiento, culto hondo, silencioso, reverente. Figura en una página íntima, no destinada a la publicidad; fue difundida póstumamente. En ella no formula distin-

gos entre parientes y amigos; más aún, todos aparecen como amigos, como si para su autor la amistad estuviera colocada por encima de los lazos de parentesco. Siente tierra, profundamente, a cada una de las personas evocadas.

Con la bulliciosa alegría de un niño celebra la recuperación de antiguos camaradas. Al reconciliarse con Miguel Cané, padre, exclama: "El día que me devuelve uno de mis viejos amigos, alejados por disidencias de opiniones, me saco el gran premio de la lotería".

El episodio de su reconciliación con Mitre y Rawson, jefes ilustres de la tendencia opositora a su gobierno, es aleccionante. En la lucha contra López Jordán pregona Sarmiento el olvido del pasado y una amplísima colaboración nacional; consulta hasta a adversarios implacables, como Oroño, y tiene en cuenta sus opiniones. Mitre y Rawson lo felicitan por ese gesto. Esta levantada actitud suscita duras críticas contra don Domingo. En su artículo de defensa estampa estas consideraciones, tan suyas: "Puede disculpársele a un hombre, aunque sea Presidente, que tenga corazón, y se sienta feliz cuando dos hombres que amó no le mienten rencor". Su amistad con Mitre —observa— pertenece a la historia; Adolfo Mitre la ha estudiado excelentemente.

No obstante su egocentrismo y sus jactancias, necesita contar, a menudo, con la aprobación de los amigos dilectos. Los ama como a hermanos y los cuida cual uno de los más preciados bienes disfrutables en la tierra. Su aplauso, le manifiesta a Manuel Montt, equivale "a la aprobación de la propia conciencia, sino es más, porque yo a veces dudo de la mía al estimar mis propios actos". Es atribuir a la amistad el más noble de los papeles; no dijeron más de ese sentimiento, en la antigüedad, Aristóteles y Cicerón en sus difundidos aforismos.

Tal culto de la amistad le depara dulces satisfacciones e imperecederos reconocimientos. Cuando es objeto en 1883 de acerbos diatribas el sabio de fama mundial Germán Burmeister le dedica la descripción de la Ortiga del Mar (*physalia arethusa*) y, en la epístola de saludo al prócer en el día de su cumpleaños, traza un expresivo paralelismo entre el trato que éste recibe y el que el pueblo de Atenas deparó a sus hijos más egregios, como Milcíades, Temístocles y, en especial, Sócrates. A modo de consuelo le brinda los versos de Schiller: "El mundo quiere manchar a lo que brilla y confundir en el polvo a lo sublime". Al despedirse de nuestro país, en 1885, el eminente astrónomo norteamericano Benjamín Gould, le manifiesta: "Usted, señor

HISTORIA

Sarmiento, me ha atribuido el honor de haber hecho algo en pro de este país querido. Permítame contestar que es usted y el país (los) que han hecho todo por mí". De los testimonios de sus compatriotas mencionaremos como espécimen el del tucumano José Posse, quien en un pasaje muy doloroso de la vida de don Domingo, acude a levantarle el ánimo y devolverle la confianza en sí mismo, diciéndole: "La fortaleza de tu espíritu y la virilidad de tu carácter te salvarán de ser el más desgraciado de los hombres. Otro que tú, habría caído anonadado bajo el peso de los mil y un contrastes de tu existencia. Tu gloria será excelsa pero no valdrá los dolores secretos que atormentan tu alma. Tu estoica grandeza tampoco la conocerán las generaciones venideras en cuyo provecho habrás trabajado": mensaje capaz de dar bríos al más abatido de los hombres.

Posse y Dalmacio Vélez Sársfield son dos de los amigos que están más cerca de su corazón y sus dos únicos y consecuentes lectores, según se lo declara maliciosamente el segundo en una misiva; Posse es de todos sus camaradas el único con quien se tutean. Vélez y Sarmiento, diríase, están predestinados a ser amigos inseparables durante el resto de la existencia, como si lo hubieran sido siempre. Se conocen al promediar diciembre de 1845, en Montevideo. Don Domingo evoca la escena en carta a lo cofrades de Chile: "En el momento de desembarcar me eché encima al viejo Vélez que andaba *flaneando* por el muelle, mi mejor amigo un minuto después. Disputamos eternamente, y lo llamo el tío Vélez, a causa de llamarle así unas lindas sobrinitas que me ha hecho conocer".

Vélez se forma una idea excepcional de la capacidad de Sarmiento; lo considera la figura prominente de su generación. Como otros personajes provincianos incorporados al Estado de Buenos Aires o hijos de éste, trabajan por conseguir que él haga lo propio, y esto acaece en 1855. Vélez, que ha fundado uno de los órganos más importantes de ese período, EL NACIONAL, lo saduda en un suelto cariñoso como una adquisición sin precedentes para dicho Estado, lo recomienda como director de correos o de escuelas y, adelantándose a los acontecimientos, asevera que él, de intervenir en la vida bonaerense, "haría avanzar en un siglo a la generación que se forma".

La presencia de estos dos provincianos ilustres, como la del ínclito general Paz en el Estado de Buenos Aires y la de porteños del renombre de Juan María Gutiérrez y Vicente Fidel López en la

Confederación Argentina es venturosa. Ayuda a superar el odio entre provincianos y porteños, moderar las reacciones de ambos gobiernos, buscar puntos de armonía y concordancia y acelerar la futura inquebrantable unidad del país. Don Domingo, atendido a su luminosa fórmula *provinciano en Buenos Aires, porteño en las provincias, argentino en todas partes*, realiza en pro de la sagrada causa esfuerzos más fructuosos que si hubiera admitido el mandato de diputado en la Confederación que le otorgó la provincia de Tucumán. Esto en virtud del apuntado motivo y porque, mientras en el Paraná tropezaría con la enemistad de Urquiza, dispone en Buenos Aires del cálido apoyo de una personalidad del saber y de la experiencia de Vélez y el de Mitre, futuro organizador definitivo de la nación. Sarmiento será ministro suyo en su período de gobernador del Estado y contribuirá firmemente a activar el proceso de la ansiada unidad.

Vélez presta al Estado bonaerense y al mismo Sarmiento un inestimable servicio; don Domingo jamás lo olvidará: llamado a desempeñar la cartera de Gobierno, impone como condición para aceptar el cargo que se cree el Departamento de Escuelas y se designe a aquél director de la repartición. De tal guisa, desde junio de 1856, principia Sarmiento a llenar su apostolado educativo en la primer provincia argentina, a montar, pieza por pieza, el respectivo mecanismo, a crear continuamente escuelas, a darles, en lo posible, los instrumentos legales y los fondos propios que requiere su eficaz desenvolvimiento, a ensanchar, en una palabra, la ímproba obra que empezó adolescente en la Argentina y continuó luego brillantemente en Chile. Esa labor abrazará más tarde a toda la república y será tenida de ejemplo en naciones hermanas del continente. Montt en Chile y Vélez en la Argentina, le dan la oportunidad de desplegar sus dotes de organizador de la enseñanza primaria y, asimismo, de propulsor de la cultura, cara a su alma.

La amistad de Vélez y Sarmiento se hace mucho más íntima a partir de este período. Más que dos amigos, son como dos hermanos del corazón. Es a la luz de este sentimiento como deben encararse esas relaciones. Los dos tienen malicia criolla no exenta de agradable sabor provinciano, son joviales y de agudo ingenio; y siendo distintos en numerosos otros aspectos, se completan admirablemente, por eso mismo. Ya conocemos el juicio de Vélez sobre Sarmiento. Este, a su vez, contempla en Vélez a una cumbre del derecho, a un

HISTORIA

codificador llamado a gozar de fama mundial, al experto financista y economista lanzado a esta vía por consejo de Rivadavia, al legislador capaz, orador de talla —modelo en el género—, polemista disertador, habilísimo diplomático y excelente conocedor e intérprete de la literatura clásica. Se sorprende, en cambio, como anotando una laguna en su formación, de que en el curso de su vida no leyera una novela. Atribuye esta rareza a la educación conventual de los años iniciales.

La casa de Vélez es para don Domingo como su segundo hogar. De noche suelen cenar juntos y jugar luego algunas partidas a los naipes o de dominó. La señora de Vélez y sus hijas Aurelia y Rosarito ponen la nota amable en esas reuniones. Desaparecido Vélez, el cuyo pasará a ser algo así como el mentor espiritual de la familia. De ahí que, en 1880, en la bella oración pronunciada ante la tumba de Rosarito Vélez, en Córdoba, le tocara dar las gracias a los deudos de aquella “en nombre de una familia desolada” y trazara una página tan emotiva sobre la dulce mujer extinta. Y de ese modo se comprende mejor, también, los estrechos vínculos que establece con Aurelia Vélez, veinticinco años menor que él, cuyo espíritu va moldeando a la par de su progenitor, y de quien afirma, en misiva a José Posse, que tiene más carácter que don Dalmacio y “juicio más sólido que todos nuestros amigos”. No es propósito de estas líneas referirnos especialmente a estas vinculaciones. Ellas ponen una nota de luz y poesía en la vida de ambos.

Después de mucho insistir obtiene Sarmiento del Senado provincial el voto favorable a su moción de despachar a libro cerrado el Código de Comercio, debido a Vélez y Acevedo. Impide su desmenuzamiento artículo por artículo, en interminables sesiones del Cuerpo, y sienta un saludable precedente en la materia.

Vélez y don Domingo luchan unidos en pro del engrandecimiento y la prosperidad de la provincia bonaerense y de la república. Arden en el deseo de restablecer cuanto antes la unidad del país. Aprovechan a ese efecto todas las coyunturas. Resulta significativa la referente a la renovación presidencial confederada. Vélez y Sarmiento se deciden a prohijar el proyecto de incorporar inmediatamente al Estado disidente a la Confederación, sin previa enmienda de la Carta Magna de 1853, a trueque de participar en los comicios de noviembre de 1859 y aportar sus electores a la consagración del nombre de don Mariano Fraguero. Esta candidatura es bien vista en diferentes

provincias. La prestigian la templanza de carácter, la larga experiencia política y las descollantes aptitudes intelectuales que Fragueiro evidenciara en obras de la jerarquía, nada común, de *Organización del crédito* y *Cuestiones argentinas*. Pero Fragueiro no adhiere a esa iniciativa, en el afán de no disgustar a Urquiza, a pesar de lo cual obtiene 46 electores frente a los 72 de Derqui, candidato de las preferencias del vencedor de *Caseros*. Luego el caudillo entrerriano se distancia de su sucesor. Y uno se pregunta entonces si no hubiera sido más atinado aceptar el criterio sustentado por Vélez y don Domingo. Quizá habría ahorrado el postrer choque de *Pavón*.

Vélez y Sarmiento cooperan en los trabajos unificadores de la nación de Mitre, gobernador de la provincia. Sarmiento es su ministro. En la Convención provincial y en la nacional, ambas celebradas en 1810, la última bajo la presidencia de Fragueiro, el jurista cordobés y el maestro sanjuanino deshacen los preparativos de los colegas que se disponen a renovar largos y enojosos debates. Con la ayuda de Fragueiro, Salvador María del Carril y el propio Urquiza, consiguen que las enmiendas sean admitidas de la mejor manera posible, sin inconducentes acritudes. Esta labor esclarecida deja un rastro duradero, a pesar de que acontecimientos imprevistos harán correr de nuevo sangre fraterna, desembocándose, en seguida, en la suspirada unidad, bajo la serena dirección de Mitre. Vélez y don Domingo le prestan su concurso, el primero como ministro de Hacienda y el segundo en su calidad de gobernador de San Juan; allí hace una administración progresista; sirve de modelo a las restantes provincias. Posteriormente Mitre lo designa ministro argentino en los Estados Unidos. Su personalidad adquiere tales relieves que muchos compatriotas omiten su carencia de partido propio y lo proclaman candidato a la primera magistratura del país. Al principio esa candidatura parece lírica, frente a las de Elizalde y Urquiza, respaldadas por dos poderosas agrupaciones políticas. Y sin embargo, algo muy semejante a un milagro se consuma: el pueblo elige a Sarmiento, en la certeza de que es el personaje indicado para impulsar la civilización y el progreso de la república, mantenerla unida contra los peores vendavales e imprimirle una clara y vigorosa fisonomía democrática no sólo en el campo político sino en todas las esferas de las actividades humanas, fiel al *Credo* de Mayo que preconizara la generación de Echeverría.

HISTORIA

A la exaltación del recio cuyano al cargo contribuyen tanto Vélez como su hija Aurelia. El primero moviéndose en el orden político con su habitual soltura y eficiencia y con prudentes consejos al candidato. Uno de esos consejos es el de escribir lo menos posible durante la campaña. Cierta día don Domingo rompe con esa consigna y le remite un tremendo brulote contra la candidatura de Urquiza y él carga con la responsabilidad de no publicarlo. Esta actitud prudente facilitará el renacimiento ulterior del triunfo de Sarmiento por el eminente caudillo y la reconciliación política que le seguirá—obra estupenda de la cual Vélez será, artífice en buena parte. Doña Aurelia demuestra, a su turno, asombroso tacto y sagacidad política. Desde su casa es una auténtica directora de la campaña electoral y a don Domingo le recomienda no volver al país sino cuando ella lo indique, ruego atendido debidamente.

Sarmiento y los Vélez —don Dalmacio y Aurelia— mantienen un activo epistolario mientras el primero reside en el gran país del nortepistolario cuyas piezas permanecen inéditas en algunas de sus facetas más interesantes. Una de ellas analizadas en nuestro artículo *El "Facundo" de Sarmiento y los Vélez*, inserto en *La Prensa* del 17 de abril de 1960 —versan sobre la obra— cumbre de don Domingo. Este prepara su tercera edición. Aurelia Vélez le aconseja corregirlo e, independientemente, su padre, a quien Sarmiento le ruega el envío de antecedentes a ese respecto, le manifiesta resueltamente que lo deje tal como está, porque "el *Facundo mentira* (vocablo subrayado en el original) será siempre mejor que el *Facundo verdadera historia*", o sea, que ese libro es ya un genuino monumento literario, al margen y por encima del caudillo que lo motivara y, a despecho de las rectificaciones que la crítica le introducirá, permanecerá como tal monumento inalterable a través de los siglos. Sarmiento se atendrá a la indicación de don Dalmacio y, cuando se dirige a los críticos empeñados en corregir el libro, en elocuente advertencia les dice imperativamente: ¡*No lo toquéis!*

Otra de las facetas de esa correspondencia entre Sarmiento y Vélez gira en torno al Código Civil. Don Dalmacio se halla redactándolo; cumple con el encargo del presidente Mitre; Sarmiento disfrutará de la dicha de ponerlo en vigencia. Vélez tiene la conciencia de la obra emprendida. Entrado en años se levanta al alba a meditarlo y componerlo. "Llego, por último, sano y fuerte, con la vejez de los

dioses, trabajando día y noche en la formación del Código” —reza una confidencia suya al amigo, en misiva de febrero de 1865. Los dioses, en efecto, parecen como asistirlo a fin de que dé cima a ese monumento jurídico.

Constantes discutidores aún a la distancia, Sarmiento aboga ante él porque establezca el matrimonio civil en el Código; desde los Estados Unidos le manda varios, útiles a su objeto. Vélez resiste a aquella sugestión; la halla prematura, en razón del atraso y de la ignorancia reinantes en el país. El matrimonio civil sólo lo ha aceptado Bélgica, alega; los demás pueblos, cristianos y no cristianos, no lo consideran de ese modo. “Mi Código ya una parte comienza a publicarse, sólo exige que las personas se casen según las formas de un culto” —insiste. Mas como don Domingo no cesa en su propósito, Vélez le manifiesta: “La verdad es que el matrimonio es y conviene que sea una institución social sujeta a las leyes del país y no como contrato sujeto a lo que las partes puedan pactar”. Su punto de vista responde al estado de la nación en ese período de su existencia, asegura, y aunque no mencione expresamente a Solón, el insigne legislador ateniense inspira la reflexión que a continuación transcribimos: “En fin, deme usted otro pueblo y yo le daré otras leyes sobre matrimonio”. ¿Por qué, cabe preguntarse, Sarmiento no preconiza, desde la presidencia de la República, el matrimonio civil? Indudablemente, por respeto a Vélez, su ministro del Interior, quien colabora magistralmente en la más previsora y constructiva de las presidencias argentinas. El matrimonio civil vendrá después. La administración de don Domingo le irá preparando el clima indispensable. Y ahora estamos enterados de cómo lo propicia en privado y resulta su innegable precursor.

Vélez fallece a fines de marzo de 1875. Sarmiento pronuncia una bellísima oración ante su tumba y otra el presidente Avellaneda. Más tarde, don Domingo no deja ocasión de recordarlo y honrarlo. Escribe su primera biografía y, en noviembre de 1885, en la extraordinaria página dedicada a evocar a los muertos ilustres sepultados en la Recoleta, exclama: “¡Bravo viejo! anduvimos junto en muchas jornadas memorables; salvamos tomados de la mano, abismos que se abrían bajo nuestras plantas, y llegamos al término diciéndonos adiós, satisfechos ambos de haber obrado bien, y legado a nuestra patria páginas de historia sin mancha”. Y legado a la humanidad, podría añadirse, una amistad arquetípica, repleta de imperecederas enseñanzas.